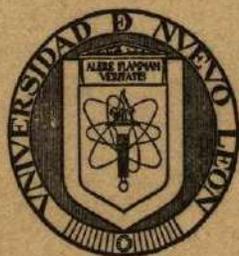


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

12



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1971

refrigerantes, esto es: chocolate, atole y tamales. El principal ingrediente de estos dos últimos manjares es el grano de Indias (maíz), preparado del modo que sigue: Hierven el maíz con cal, y después que ha reposado lo muelen como se hace con el cacao; pasan luego la pasta, mezclada con agua, a través de un cedazo, y sale un licor blanco y espeso semejante al que hacemos de la almendra; ese licor, así que ha hervido un poco, se llama atole, y se bebe mezclado con el chocolate, o solo. De este segundo modo y con azúcar lo beben los golosos. Pero sea como fuere, es muy nutritivo y de uso común en las Indias. La masa que queda, se lava, y de ella se hacen los tamales, poniéndoles carne picada, dulce y especias, y dándoles algún color por encima. Tanto éstos como el atole no me parecieron de mal sabor, si bien mi paladar está acostumbrado igualmente a lo bueno que a lo malo”...

Estos testimonios, a los que habría que agregar otros más, revelan a la ciudad colonial, tal como fue vista en su crecimiento por propios y extraños.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS SOBRE EL MESTIZAJE Y LA TRANSCULTURACION EN LA FAJA FRONTERIZA MEXICANA

WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO
Seminario de Cultura Mexicana

1. *El mestizaje en México*

ES CONVENIENTE MENCIONAR rápidamente unos antecedentes pre-hispánicos para entender cuál era la actitud de los indígenas frente a la mezcla de grupos antes de la llegada de los españoles. En México hay una zona en la que constantemente se mezclaron los pueblos, mientras que otras regiones no fueron propicias a esa mezcla.

Hay que tener presente, además, la existencia de dos Méxicos: el México de los sedentarios, o sea *Mesoamérica* —área cultural establecida por el Doctor Paul Kirchhoff—, y el México de los nómadas que llamamos *Aridamérica* (si bien hay que advertir que la zona del Noroeste de México donde están, por ejemplo, Sinaloa y Sonora, no estaba habitada por nómadas, sino por sedentarios —aunque menos expertos en la técnica agrícola y en otras— y gran parte de éstos correspondería a otra demarcación cultural denominada por Kirchhoff “*Oasis-América*”).

La distinción entre sedentarios y nómadas es fundamental para entender los procesos de mestizaje y transculturación en la época colonial: en el Norte, los nómadas no tenían nada valioso que ofrecer desde el punto de vista cultural, y, al extinguirse, apenas si dejaron alguna huella. Habían desaparecido casi totalmente ya para fines del Virreinato y entonces quedó prevaleciendo el grupo de ascendencia hispánica, de tal modo que la población del Norte de México es fundamentalmente de ese origen. En cambio, en las zonas del Centro y del Sur había culturas indígenas muy fuertemente arraigadas, que en parte sobrevivieron, y aun la española se vio profundamente afectada por la cultura indígena preexistente, y, en consecuencia, las insti-

tuciones españolas no fueron meramente trasplantadas a México, sino que sufrieron la fuerte influencia de estas civilizaciones indígenas.

Debido a esto, las regiones Central y del Sur han permanecido más indígenas que la del Norte de México. Allí donde florecieron las antiguas altas culturas se siente aún su fuerza y la de la raza indígena. En cambio disminuye la trascendencia racial y cultural de este componente aborigen, al acercarse hacia el Norte y ya en el extremo más septentrional del territorio que era mexicano hasta 1848 hasta se da el caso de que muchas gentes de origen hispánico en Santa Fe de Nuevo México —muy orgullosas de su ascendencia ibérica— no conciben que hubiesen procedido de México, sino que parezca como si pensarán que sus antepasados hubiesen llegado directamente de España, caídos del cielo. En realidad, esto se explica por la circunstancia de que Nuevo México estaba prácticamente aislado del resto de Nueva España en la Epoca Colonial, excepto por una especie de cordón umbilical: el camino famoso que iba de México, a través de Querétaro, Zacatecas, Durango y Chihuahua hacia Santa Fe: el “camino real de Tierra Adentro”. No había realmente un territorio continuo, ocupado por los españoles, durante mucho tiempo, sino sólo hasta más tarde, cuando las minas de San Felipe el Real de Chihuahua cobraron importancia a principios del Siglo XVIII, y esa comunicación, por lo mismo, antes de esto, sólo esporádica, o más bien, periódica. Así, no es de extrañar que se sintieran como llovidos del cielo. (El cielo, en este caso, era España).

Voy a referirme ahora a ciertos aspectos del Mestizaje en México y a señalar, primeramente, algo relativo a la actitud que tuvieron los colonizadores, frente a los indígenas. Me parece que no se ha insistido bastante en el condicionamiento religioso de esta actitud. Los colonizadores españoles, son gentes de filiación católica y actúan, en lo esencial, como tales. Son actitudes diferentes la de los colonos ingleses que van a la Nueva Inglaterra, y la de los colonos españoles que pueblan la Nueva España y otras partes de Hispanoamérica. Desde luego, todos sabemos que la actuación de unos y otros fue distinta, pero no se ha insistido bastante sobre las motivaciones religiosas. Para mí, el colono de Nueva Inglaterra era, característicamente, el puritano, lector asiduo del Viejo Testamento, que actuaba como un israelita conquistando la Tierra de Canaán y, tal como se recomienda en el Viejo Testamento, no se debía mezclar él, nuevo israelita, con esos indígenas vistos como canaaneos, a los que era preferible exterminar. Esta es una actitud ajena a la del católico que, generalmente, no leía la Biblia y que normalmente, sólo oía acerca de ella por la predicación, la que se confinaba, como regla general, a la explicación de pasajes del Evangelio, en los sermones dominicales. Ahora bien, en el Nuevo Testamento no se enfatizan, en ninguna manera, las diferencias que separan a unas razas de

otras, sino que se insiste en que todos los hombres son hermanos, al ser hijos de Dios. Para mí, esta es una actitud básicamente distinta a la del puritano. Este colonizador de la Nueva Inglaterra, es lector de la Biblia y conoce muy bien el Viejo Testamento, y actúa como un nuevo israelita que no quiere mezclarse con los demás pueblos. De hecho, los judíos asumieron desde temprano una actitud discriminatoria hacia otros pueblos, de la que luego fueron víctimas ellos mismos; en cambio, el colonizador de Iberoamérica es, más bien, un conocedor del Nuevo Testamento y no tiene ese prejuicio racial, o, por lo menos, no lo tiene tan arraigado (pues no podemos negar que existió discriminación racial durante la Epoca Colonial); siendo, o más débil, o, en algunos casos, inexistente esa actitud discriminatoria, se explica que los españoles y portugueses se mezclaran ampliamente con indios y negros.

Los virreyes, a partir de Don Luis de Velasco el primero, pronto empezaron a preocuparse por el nuevo elemento étnico que estaba apareciendo en México —el mestizo— y las primeras impresiones que acerca de su comportamiento externan, no son nada halagadoras. Los mestizos aparecen como gente tumultuosa, inquieta, y los virreyes, sobre todo Don Martín Enríquez, hacia 1570, se preocupan mucho, como ahora, en diversos países, por los “rebeldes sin causa”. Para este tiempo, también había venido ya un abundante contingente de negros y comenzaba a haber bastantes mulatos que eran otro motivo de consternación para la autoridad virreinal.

Veamos también algo de lo que sucedía con los mestizos, descendientes de españoles e indias: Se ha insistido en cómo los hijos de estos matrimonios considerados como ilegítimos eran muchas veces abandonados. Por ello, estos mestizos naturalmente gravitaron más hacia el lado de la madre, que hacia el lado del padre, puesto que eran educados por aquélla y aun asumían hacia el padre español —muchas veces desconocido— una actitud de resentimiento, la misma que —según Octavio Paz— late aún en el máximo vituperio que emplea el mexicano, cuando se recuerda a alguien que su madre fue violada. Sin embargo, los mestizos hacían todo lo posible por parecerse a los españoles y se vestían como ellos, procediendo en esto como los “pochos” de hoy.

La gran disminución de la población indígena que tiene lugar a fines del siglo XVI, se volvió verdaderamente aguda en el XVII —según el Dr. Borah— y produjo la gran depresión demográfica de esa última centuria, conforme al mismo autor. Esa serie de epidemias que hubo en el Siglo XVI, que acabaron con millones de indios, dando como resultado que la cifra de la población indígena se redujera considerablemente, fue la que hizo que el habitante de origen hispánico, el criollo, se encontrara en una proporción menos desventajosa frente al nativo. Quiero decir con esto que, cuando lle-

gan los españoles y conquistan a México, son solamente un puñado frente a millones de indígenas, pero, a medida que la población indígena es mermada por las pavorosas epidemias de 1545, de 1576, y tantas otras, entonces queda tan reducida la población aborigen, que ya la proporción de las gentes de origen español frente a los indígenas, no es tan desventajosa como era en el principio: los criollos —españoles nacidos en Indias— logran entonces su oportunidad.

Es en el Siglo XVII cuando éstos logran su oportunidad e inician ciertos movimientos de carácter incipientemente nacionalista, apoyándose, sobre todo, en el Guadalupanismo, como ha mostrado el Dr. Francisco de la Maza, y hay, por eso, una corriente nacionalista que tenía como polo catalizador de este movimiento de reivindicación un tanto indigenista al Guadalupanismo, en el que se apoya el criollo para enfrentarse al español peninsular. Es tan fuerte este movimiento que, si hay una especie de imperialismo mexicano hoy, ese imperialismo asume un cariz guadalupanista. La imagen guadalupana fue la primera bandera en manos de Hidalgo y hoy se le proclama "Emperatriz de América".

El mestizo no entra en escena perceptiblemente sino hasta la Guerra de Independencia, y es entonces cuando, como todos sabemos, aparecen caudillos muy notables como Morelos, o como Guerrero. A gran parte de la población de origen hispánico le horroriza el comportamiento de mestizos e indígenas como los que militaban en las huestes de Hidalgo, y por eso predominan los criollos en el ejército realista. Apenas lograda la emancipación, esos mismos criollos tiemblan ante las huestes surianas de Guerrero y Lobato en 1828, cuando llegan esas insospechadas multitudes de indígenas —de reacciones imprevisibles— a la ciudad de México. Así vuelve a ocurrirles a los criollos cuando ven a las huestes de Don Juan Alvarez, procedentes del Sur, de ese epicentro de conmociones telúricas en la Historia de México de donde antes brotaron los ejércitos de Morelos y Guerrero, y finalmente así les sucede otra vez a los criollos en los momentos de la Revolución cuando ven aparecer a las huestes surianas de Zapata. Pero la Revolución Mexicana —como todos sabemos— ha cambiado profundamente la actitud de gran parte de la población con respecto al indígena, al que no se considera ya como lastre. El mexicano de hoy siente que el indígena es uno de los factores que han dado a México una fisonomía inconfundible, y México es precisamente uno de los países más equilibradamente mestizos en el Continente. Los resultados del proceso de Mestizaje y Transculturación están visibles en la trayectoria de México.

2. La Transculturación en México

Entendemos como Transculturación el proceso del contacto intercultural y del cambio resultante para cada una de las culturas en confrontación.

Nos interesan los contactos culturales hispanoindígenas y sus resultados, lo mismo que el cotejo cultural mexicano-estadunidense y los suyos.

En otro estudio hemos caracterizado así el encuentro de las culturas aborigen e hispánica en el momento en que lucharon Cortés y Cuauhtémoc:

"Cuando sobrevino la Conquista, verdadero choque y fusión de dos mundos —dijimos— dos pueblos de invencibles guerreros se hallaron frente a frente. Los mexicas, impelidos por su fiero espíritu militarista, tenían detrás de sí la cauda de sus constantes victorias. Los españoles traían consigo todo el ímpetu de la cruzada en que vencieron a los moros y los inflamaba la ambición fáustica, insaciable, de los hombres del Renacimiento".

"Mas no se trataba sólo de dos pueblos que, por sí mismos, simbolizaban cada uno el mayor poderío que entonces se hallaba en América y en Europa. El Imperio Mexica y el Imperio Español eran también los heraldos y los adalides de dos culturas y de dos mundos: de un mundo oriental y de un mundo occidental que se cruzaron y fundieron en nuestro México. Las culturas americanas tuvieron en este continente su desarrollo y aquí se produjo la majestad de Teotihuacán y el refinamiento barroco de los mayas, pero los más antiguos pobladores vinieron del Asia, del Extremo Oriente, y existen analogías sugestivas entre elementos culturales de esas tierras asiáticas y otros de acá, de este Nuevo Mundo. España y su cultura, por otra parte, se nutrieron antaño de la vieja cultura mediterránea, cuyos orígenes remotos se hallan en Creta y en la Grecia clásica, y que con Roma alcanzó su expansión máxima; pero también arraigó en la península ibérica la musulmana que se extendía entre capitales tan distantes como Córdoba y Samarcanda, y que tuvo en Damasco y en Bagdad —la de las Mil y Una Noches— el punto de arranque de su ascenso cultural. España misma era ya, como México, una encrucijada: allí se encontraron el Oriente islámico y el Occidente cristiano".

"Dos mundos, pues, se hallaron frente a frente. Eran dos mundos extraños que provenían de orígenes diversos. Entre ambos se abrían profundos abismos, pero había también analogías tan numerosas que sirvieron como otros tantos puentes para salvar esos abismos. Hubo, al entrar en contacto, una pelea continua, pero también un constante abrazo. Y de ese forcejeo, entre amoroso y hostil, ha surgido México. A la dureza del mexica se superpuso la del castellano, pero el paisaje semiárido de la Altiplanicie de Anáhuac conquistó definitivamente a los conquistadores, venidos de las arideces

de Extremadura o de Castilla. De allí, de la unión indisoluble de lo indígena y lo hispánico, ha surgido la rica cultura mexicana. En el Siglo XVI se produjeron los primeros contactos y comenzó la integración de esta cultura hispano-india”.

Además de innecesario, sería imposible estudiar aquí los diversos aspectos de la transculturación en el México Virreinal. Pero pueden apuntarse algunas observaciones que permiten vislumbrar cómo ocurrió este proceso. En primer término, tenemos que volver a la distinción fundamental entre el México de los sedentarios —*Mesoamérica*— y el de los nómadas: *Aridamérica*. En este último caso no puede hablarse de transculturación, ya que esto implica influencias recíprocas y la cultura de los bárbaros norteros era tan precaria que había en ella pocos elementos valiosos y deseables que pudiesen ser adoptados por la cultura hispánica, la victoriosa. En tales condiciones, esta última quedó prácticamente única. En la región habitada por los sedentarios no fue así. Allí —como hemos dicho en otro trabajo— “lo indígena conserva mucha fuerza, y puede decirse que el Centro de México es todavía una zona básicamente india desde el punto de vista racial, y que, en mucho menor grado, elementos culturales de ese origen conservan gran importancia. Hay, sin embargo, unos centros activos de mestización como, por ejemplo, las ciudades de México y Puebla, Toluca, Pachuca y Cuernavaca, Jalapa, Veracruz, Orizaba y Oaxaca, verdaderas islas dentro de un mar indígena”.

Repetiremos que, en Mesoamérica, las instituciones hispánicas no fueron simplemente transplantadas, sino que sufrieron un proceso de adaptación condicionado por el mayor o menor vigor de las culturas indígenas y la densidad respectiva de la población aborigen.

En el idioma, en el arte y en la religión —sobre todo en esta última— es donde mejor se puede estudiar la transculturación indo-hispánica.

Como hemos señalado en otro trabajo, a pesar de existir rotundas discrepancias entre las religiones prehispánicas y el Cristianismo, había también, entre ellas, analogías profundas: “castellanos y mexicas se han visto impedidos por un hondo sentido misional y el culto de *Huitzilopochtli*, como el de Cristo, tiene un aspecto mesiánico. Existen, para el mexica, ritos que —aunque sólo aparentemente— se acercan a los de la Religión Cristiana: hay un bautismo, una confesión de pecados, y hasta una especie de comunión. Los sacerdotes llevan una vida abstinentes y los rodea un respeto comparable al que en la Nueva España del Siglo XVI inspiraron los frailes. Hay hasta insignias sacerdotales que se parecen a las del cristianismo: así, el *chicoácolli* es comparado al báculo de los obispos, aunque más pequeño. Existen, entre los cristianos, fiestas como la de Todos Santos, que se celebra cuando tienen los indios la de Todos los Dioses, es decir, la de la llegada de éstos. Por otra parte, las normas éticas de los mexicas y las del cristia-

nismo, coinciden en muchos puntos y ambas propenden hacia un ideal ascético, o, por lo menos, estoico. Pero, además, un mismo clima de angustia envuelve al cristiano que teme perder su salvación por el pecado, y al indígena prehispánico que vive permanentemente en zozobra por la diaria posibilidad de que los poderes de la noche venzan al sol y la de que, cada 52 años, sea destruido el mundo”.

Esas analogías facilitaron la adopción del Cristianismo, actuando como poderoso imán el guadalupanismo —surgido por 1555/56 bajo el Arzobispo Montúfar—. En efecto —asentábamos en ese estudio— “en el sitio mismo donde, por más de cuatro siglos se ha venido rindiendo culto al maravilloso lienzo que México estima como su mayor tesoro —y que tuvo la virtud de convertirse, sobre todo desde mediados del siglo XVII, en el polo de cristalización de su conciencia nacional— se adoraba, antes de que los frailes emprendiesen su conquista espiritual, a la madre de los dioses, *Tonantzin*, y este mismo nombre se da, por muchos indios, aun en nuestros días, a la venerada imagen cristiana”. Sin embargo, “tendrá que reconocerse que esa imagen bellísima de ninguna manera representa a la vieja deidad pagana, *Tonantzin* o *Cihuacóatl*, y que el indígena no sigue invocando a ésta, por más que emplee ese primer nombre (‘Nuestra Madrecita’) para hacerse oír por la Madre de Cristo. El santuario está en el mismo sitio que el de la antigua diosa, pero la imagen que México pone, en su predilección religiosonacionalista, por encima de todas las demás representaciones marianas, es claramente la de la Virgen María, como la ha concebido y la sigue concibiendo un indígena cristianizado, desde mediados del Siglo XVI”. “No hay, de seguro, un caso más representativo e indiscutible del éxito que tuvo en México el mestizaje cultural hispano-indígena, y es justamente este éxito el que depara a México una posición señera dentro de la América Latina.

“Una enseñanza se desprende del auge progresivo que el guadalupanismo alcanza”: —decíamos en aquel estudio—. “En México, donde lo nuevo y extraño suplanta constantemente a lo antiguo y autóctono, aunque a veces sólo para continuarlo, una innovación tiene éxito en la medida en que se adapte a las pautas preexistentes. Las nuevas esencias no se modifican, pero circulan mejor por los cauces ya abiertos. El catolicismo, sin deformar sus principios, acoge y asimila todo cuanto no es incompatible con ellos. Hay un folklore católico de clara estirpe indígena, como cuando se celebra hoy la “fiesta” de los muertos con ciertas ceremonias en que persisten formas de los antiguos ritos. Pero el sacerdote católico, que retiene aún hoy, en sus vestiduras sagradas, elementos de indumentaria que se remontan a las viejas religiones del Cercano Oriente y del antiguo Mundo Mediterráneo, tal vez no encuentra en estas supervivencias gentílicas, que se refieren sólo a lo accesorio y que no entran en conflicto con el dogma, nada que sea verdaderamente censu-

rable. Hasta dónde ha podido llegar el catolicismo en el terreno de concesiones que no alteren ni el dogma ni la moral cristianos, lo muestran las interesantes experiencias de los jesuitas-mandarines y la controversia acerca de los ritos malabares. Ciertas condescendencias, que escandalizarían a un luterano o a un calvinista, han existido, pues, dentro del Catolicismo”.

“Es muy interesante estudiar bajo qué condiciones la sustitución de un dios indígena por la Virgen María o por un santo del catolicismo ha tenido éxito: Por ejemplo a Tonantzin-Coatlicue madre de Huitzilopochtli, la sustituyó la Madre de Cristo; al joven dios del maíz y del Sol, Piltzintecuhtli, el Cristo-Sol; a Tláloc, San Juan Bautista y a Mixcóatl-Camachtli, San Miguel Arcángel. Y no basta saber que tal deidad prehispánica ha sido sustituida, sino que hay que saber, además, cómo ha sido reinterpretada. Así, San Juan, en Chamula, Chiapas, no representa exactamente lo mismo que en el Catolicismo original”.

“Los indígenas no sólo han adoptado el culto de Cristo y de la Virgen y los Santos, sino que han confundido a estos personajes sagrados entre sí, o con ‘héroes’, nacionales o de su propio grupo. Así, según Bennett y Zingg, los tarahumaras veneran a ‘San José su Cristo’ (fusión de San José con Jesucristo), quien opera todos sus milagros a través de Benito Juárez. De manera semejante —de acuerdo con Zingg— los huicholes han confundido a Cristo con Manuel Lozada (cabecilla rebelde que combatió contra Juárez) y afirman del Salvador que los judíos lo persiguieron mucho, pero que siempre lograba escapárseles emborrachándoles, hasta que lo aprehendió el Gral. Ramón Corona y lo fusiló en la Plaza de Armas de México”.

“Tenemos toda una gama de situaciones: desde aquellas en que las manifestaciones religiosas están orientadas en un sentido pagano hasta aquellas otras en que la orientación cristiana es la que prevalece. Así, por ejemplo, entre los mayas de Quintana Roo —que en la época prehispánica tenían ídolos a los que se suponía capaces de dar oráculos— hay un culto de “las cruces que hablan”, extendido entre ellos desde mediados del Siglo XIX, y que claramente deriva de su religión antigua. En otros casos —como en Michoacán— puede afirmarse que el Cristianismo logró verdadero arraigo”.

“La fusión de elementos religiosos prehispánicos con otros del cristianismo ha sido ampliamente estudiada por autores como Madsen y Spicer que han logrado penetrar en el conocimiento de casos notables de sincretismo religioso a los que el primer autor califica de “Cristo-paganismo”. Esta fusión de elementos derivados de religiones indígenas y del cristianismo, tienen en el Siglo XVI, una expresión artística de primera importancia en las pinturas de Itzmiquilpan”.

Otros aspectos de la transculturación hispano-indígena —como el lingüístico— hemos abordado ya en trabajo especial. Pero lo expuesto en cuanto

a la Religión permite entender mejor el proceso de sincretismo —que opera de modo análogo en el Lenguaje y en el Arte—. Si no aludimos a tópicos socioeconómicos, no es porque desconozcamos su importancia, sino por lo escaso del tiempo disponible.

Sabemos, en fin, cómo España impidió, con éxito, que sus colonias entraran en contacto con mundos extraños al hispánico y la Inquisición estableció una especie de cuarentena permanente para evitarlo.

Pero —como explicamos en otro estudio —“entre 1753 y 1793 aproximadamente, fue agrietándose la especie de muralla china que en lo intelectual, cercaba a la Nueva España y a otras colonias ibéricas, al relajarse la estrecha vigilancia con que la Inquisición pretendía impedir la entrada de libros y doctrinas, heterodoxos en lo religioso, o sediciosos en lo político, y ya al final del siglo esa barrera se había, en gran parte, derrumbado, e irrumpía, arrolladora, la Modernidad. En efecto, a raíz de que los ingleses se apoderaron de La Habana en 1762, no sólo se quebrantó el monopolio comercial de España con sus colonias, introduciéndose el contrabando de mercancías británicas, sino que también penetraron, clandestinamente, ideas innovadoras procedentes de Inglaterra o Francia, que al principio dejaron sentir su influjo en círculos pequeños, pero que al final conquistaron a un público numeroso. Primero prelados prominentes e inquisidores a cuyo cargo estaba el impedir la entrada de las ideas extrañas, se aficionaron a ellas y fueron asiduos lectores de libros prohibidos, y después ese gusto por las obras que transmitían ‘ideas peligrosas’ trascendió a eclesiásticos inquietos y de gran avidez intelectual, como el Cura Hidalgo, cuya casa en la Villa de San Felipe, fue conocida como ‘La Francia Chiquita’. Así, al terminar la atinada gestión del segundo Conde de Revillagigedo, las ideas heterodoxas o sediciosas habían alcanzado tal difusión que eran ahora los peluqueros o los artesanos los que las propagaban y se tenía la impresión de que en España y sus colonias, pervivían instituciones y patrones de cultura que se consideraban anticuados, mientras Francia y los Estados Unidos, con sus gobiernos y sus normas democráticas eran vistos como los países ejemplares que señalaban los rumbos futuros”. Por fin, “desde la primera década del siglo XIX, se fue sintiendo, cada vez más fuerte, la influencia de las ideas democráticas que provenían de los Estados Unidos, y, en plena guerra de Independencia, empezó a difundirse el conocimiento de su Constitución, que más tarde inspiraría la nuestra de 1824”.

“Una generación, la que llamamos ‘epi-insurgente’, comprendiendo los nacidos entre 1785 y 1797 —conforme a un esquema presentado en otra parte—, fue la primera que respiró sin temor los vientos de lo moderno. Hombres como Alamán y el Dr. Mora, Antuñano y varios otros, acogieron con entusiasmo las doctrinas sobre Economía Política que procedían de Smith, Ri-

cardo o Bentham, asumiendo una actitud que podríamos caracterizar como 'pre-positivista'. Con un sentido moderno contemplaron estos hombres los problemas del México ya Independiente, como puede advertirse no sólo en Alamán y Mora, sino también en Zavala, en Tadeo Ortiz, y en algunos más. Les preocupaba dotar a México, de una sólida estructura económica —que antes descansaba fundamentalmente en la minería y en la agricultura— iniciando un proceso de industrialización. Veían la necesidad de que amplias zonas fuesen colonizadas, abriendo las puertas a la inmigración de extranjeros que, por proceder, muchos de ellos, de países no católicos, sólo podrían venir si se implantaba aquí la tolerancia de otros cultos. Fue así como se inició el acerbo diálogo entre liberales y conservadores en torno a problemas como el de la libertad religiosa o el de la desamortización de los bienes del clero. Pero, sobre todo, una vez conseguida la Independencia, era preciso decidir si el gobierno debería ser monárquico o republicano, y en este último caso, si la estructura debía ser centralizada o federalista”.

“En países como Bélgica, desde 1830, el Estado y la Iglesia convivieron dentro de una fórmula política de atinado liberalismo. En México, los conflictos entre uno y otra, a lo largo de poco más de una centuria —que va de 1833 a 1938— llegaron a ser graves por la intransigencia e incompreensión mutua de clericales y anticlericales. En torno a problemas como éste y el de la forma de gobierno —monarquía o república (y si ésta debía ser federal o central)— contendieron enconadamente conservadores y liberales alcanzando éstos el triunfo y modelándose —con más o menos apego a su doctrina— nuestras instituciones políticas de tendencia democrática”.

“Desde que la Reforma triunfa, hace poco más de un siglo, con las batallas libradas en 1860, México asume una actitud abierta hacia todos los cambios: ha roto definitivamente con los patrones que heredó de España y mira ahora más bien hacia Francia y los Estados Unidos. Nuevas corrientes, como la del Socialismo —que décadas antes carecía de importancia— entran a la palestra desde 1861. Nuevas filosofías de la vida, como la que alienta en el Espiritismo, se presentan acaso al arribar a México las huestes numerosas de la Intervención Francesa. La voluntad de cambio es tal que el gobierno que apoyan los conservadores —el de Maximiliano— ni intenta siquiera desandar lo andado. Y cuando éste sucumbe y se restaura la República, se convierte en doctrina oficial la del positivismo y el ideal suyo, de ‘orden y progreso’, queda entronizado definitivamente bajo el régimen de Porfirio Díaz”.

“Pero en el afán de realizar ese gigantesco progreso material que fascina a la gente bajo el Porfiriato, se olvidan o se conculcan los valores morales, se entregan a compañías extranjeras muchas de nuestras fuentes de riqueza, y se les dan también vastas extensiones de nuestro territorio. Los labriegos,

los mineros y los obreros textiles, sufren penas y miserias, sin ser escuchados, porque priva la doctrina cruel y anticristiana de la selección natural y de la supervivencia del más apto. Detrás de una fachada de progreso perviven lacras milenarias. Y a fuerza de tratar de parecernos a Europa o a los Estados Unidos, se desprecian los valores propios. Contra todo esto, airada se levantará, desde 1910, la Revolución Mexicana, en cuyo ideario han influido, además de la nacionalista, tres corrientes tenidas a veces como incompatibles y que han podido, sin embargo, armonizarse dentro de él: la liberal, nutrida en las ideas de la Reforma, que propugnaba por una especie de vuelta a Juárez y a una auténtica democracia; la socialista, que no llegaba aún hasta el marxismo; y la cristiana (o del catolicismo social), inspirada en la encíclica *Rerum Novarum* que, a través de congresos realizados entre 1903 y 1913, propugnó por una serie de mejoras sociales en favor del campesino, el obrero y el indígena. Brotada nuestra Revolución de manera generalmente espontánea, más bien que por obra de agitadores profesionales, sus ideales son justos y compatibles con la trayectoria seguida por la Civilización Occidental. Como este cambio profundo se produjo a tiempo, resulta, en la perspectiva actual, más ponderada que otras revoluciones recientes, ya que las reacciones se vuelven más violentas, por desesperadas, mientras más se aplaza la solución de los problemas que apremian. Y aunque fue mucha la sangre derramada en nuestra última sacudida social y son todavía muchísimos los problemas no resueltos, y aún quedan muchas lacras, y todavía no alcanza el país plena madurez política, puede, sin embargo, afirmarse que, gracias a su revolución, México ha realizado progresos efectivos en el aspecto social, económico y político. Si la Revolución Mexicana es la primera gran convulsión social del presente siglo, puede, en cierto modo, aseverarse que, con ella, México —a pesar de su atraso en muchos aspectos— ha sido el primer país del mundo que ingresó al siglo XX, una centuria que comenzó aquí en 1910”.

De propósito no hemos hecho hincapié —por esperar a hacerlo ahora— en el hecho más trascendental de la historia mexicana del Siglo XIX: el contacto con la cultura estadounidense, que ejerció una fascinación casi idílica entre los liberales hasta mediados de esa centuria y fue, por los conservadores, vista con recelo. Por identificarse con ella, algunos de aquéllos llegaron a aceptar segregaciones del territorio nacional —como en el caso de Zavala respecto a Texas— mientras que los últimos admitieron la intervención francesa para contrabalancear el poder del Coloso del Norte.

Fue una honda decepción para los numerosos mexicanos que tanto habían admirado a su vecino septentrional y habían tratado de imitarlo hasta romper con la tradición propia, contemplar a la patria invadida en el año aciago de 1847. La derrota dejó un trauma del que México sólo pudo curarse

con la victoria contra los franceses el 5 de mayo de 1862, con la que recuperó el mexicano su orgullo nacional.

La dolorosa pérdida de la mitad de su territorio iniciada en 1836 y consumada en 1848 y 1853, tuvo, sin embargo, un resultado imprevisible: si hasta entonces México parecía hallarse como en estado gaseoso por la baja densidad de su población esparcida en un ámbito inmenso, de aquí en adelante, restringido a un territorio más pequeño, vino a sufrir una especie de condensación como de estado líquido, logrando mayor cohesión y robusteciendo su conciencia nacional por obra y gracia del grave peligro que había corrido su existencia misma frente al vecino del norte en 1847 y contra la Francia de Napoleón III entre 1861 y 1867. Para esta última fecha, los Estados Unidos —apenas superada su guerra de Secesión— consideraron que un nuevo ensanchamiento de su territorio a costa de México podría resultar contraproducente al producir una temida vigorización de los estados del Sur, y paulatinamente se fue creando una amistad entre aquel país y el nuestro que, aunque sometida a duras pruebas, ha acabado afianzándose, sobre todo a partir de 1947. Es particularmente desde esta última fecha cuando el contacto entre ambas culturas vino a ser más íntimo, sintiéndose la fuerte influencia de la "American Way of Life". Esto último ha producido en la cultura mexicana cambios notables de valores y normas y se le plantea frente a esto la necesidad de defender su filosofía de la vida y su estilo de vida propio —ya que como decíamos en un artículo— "debe cada pueblo mantener su propio carácter —especie de columna vertebral que lo sostiene erigido— y debe propender, por tanto, hacia la integración de su propia personalidad, defendiendo su patrimonio cultural genuino contra destrucciones o deformaciones y contra la invasión de elementos perturbados por inasimilables; debe, en suma, ser fiel a sus raíces y a su idiosincrasia y expresarse de modo auténtico, dentro del lenguaje de sus propios símbolos y de acuerdo con su propia jerarquía de valores". Sin ello, "no puede una nación tener una fisonomía bien definida, ni puede tampoco crear obras de calidad excelente y de valor universal, que sólo se realizan cuando las ideas, las aspiraciones y los sentimientos potencialmente comunes a todo el género humano se expresan y plasman dentro del propio molde nacional".

3. La Transculturación en la Faja Fronteriza Mexicana

De un modo que admitiremos pueda ser considerado como arbitrario, entendemos como Faja Fronteriza el conjunto de entidades políticas que colindan con una línea divisoria con los Estados Unidos: estado y territorio de Baja California y estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Además, incluimos los de Sinaloa y Durango. Aquella frontera

méxico-estadunidense es el límite septentrional de la Faja de que se trata, siendo el meridional, de modo aproximado, el ferrocarril Tampico-Ciudad Victoria-Monterrey-Torreón-Durango y su continuación proyectada hasta Mazatlán.

El área así delimitada corresponde, grosso modo, a las Provincias Internas —establecidas y organizadas a partir de 1776 por don Teodoro de Croix—, salvo el Alta California, La Mesilla, Nuevo México, Texas y porciones más allá del Río Bravo que pertenecían a Coahuila y Tamaulipas o Nuevo Santander. La demarcación de las Provincias Internas (divididas después en "de Oriente" y "de Occidente"), puede verse en el mapa "The Northern Frontier of New Spain— cerca de 1780" de la obra *Lancers for the Kin* de Brinckerhoff y Faulk. En dicha carta se marca el cordón presidial (es decir, la línea de guarniciones) que corría del oeste al este por Altar, Tucson, Terrenate y Fronteras de la Antigua Sonora; Janos Gordo del actual estado de Chihuahua, San Sabá, Santa Rosa, Monclova y San Juan Bautista del Coahuila, y Bahía del Espíritu Santo en Texas. Esta línea de guarniciones para detener las peligrosas irrupciones de los apaches y comanches corría casi por el mismo trozo de la presente frontera con los Estados Unidos, prefigurándola.

Una gran parte del Norte de México —así demarcado— es desértica: desiertos de Baja California y Sonora Occidental y desierto de Chihuahua (que abarca el Bolsón de Mapimí y el Valle de Salado). Otra porción considerable es semiárida, con mezquitales: Sonora Central, Chihuahua Occidental, y la mayor parte de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. A esto se agrega el monte de pinos y encinos en la Sierra Madre Occidental. Las zonas desérticas estuvieron en poder de los nómadas, y en las altas montañas se refugiaron, como trogloditas, grupos de tarahumares.

El Dr. Claude-Bataillon reconoce tres regiones dentro del Norte de México: 1) el Noroeste; 2) la Meseta del Norte; 3) el Noreste. Los Dres. West y Arigelli distinguen cuatro, pues separan como comarca aparte la península de Baja California, que no incluyen en el Noroeste. Nosotros seguimos esta última opinión, pero advertimos que, desde el punto de vista de estos últimos autores, lo que llaman el área "Norcentral" —y que nosotros denominamos "Meseta Norte"— se extiende por el sur hasta incluir la mayor parte de los Estados de Zacatecas y San Luis, quedando las capitales de ambas entidades precisamente en los límites del centro con el Norte de México. Para el Noroeste es conveniente tener presente un mapa sobre el desierto sonorense, que en la obra consagrada a éste publica Roger Dunbier.

En un mapa —basado en parte en otro del Dr. Carl Sauer— el Dr. Edward H. Spicer nos muestra los grupos indígenas de la mayor parte de Baja California, el Sureste de los Estados Unidos, el Noreste de México y parte de la Meseta del Norte, hacia 1600. Esta carta se completa con otra del autor de

estas líneas, intitulada *Grupos indígenas y Misiones del Norte de México* que presenta los grupos indígenas existentes hacia mediados y fines del Siglo XVII preferentemente y de la cual se ha extractado la que figura como correspondiente a la "Subárea de Noreste" debiéndose advertir que —de acuerdo con el punto de vista de Bataillon y de West y Arigelli antes aludido— esa Subárea abraza en realidad no solamente la región que para ellos abarca el "Noreste", sino también la "Norcentral" o "Meseta Norte".

Las relaciones existentes entre las lenguas indígenas del Norte de México y las de Mesoamérica y los Estados Unidos se anotan en nuestro *Mapa Lingüístico de Norte y Centro-américa* lo mismo que en la versión de 1939 —publicada en 1941— del que con Miguel O. de Mendizábal dedicamos a la *Distribución Prehispánica de las Lenguas Indígenas de México*.

Un mapa básico presentan West y Arigelli para el estudio de la economía prehispánica en la América Media, en el cual señalan el área habitada por primitivos cazadores y recolectores tanto en Baja California como en el Noreste y la Meseta Norte y también registran las zonas habitadas en las costas de Sonora y Sinaloa por pueblos pescadores como los Seris y la extensión de una economía agrícola basada en lo que los campesinos llaman "la roza" en el Noreste. Para esta última región es fundamental la carta del Dr. Carl Sauer en su trabajo "Aboriginal Culture of Northwestern Mexico" y para ambas fajas fronteriza-mexicana y estadounidense es trascendental el mapa del Dr. Paul Kirchhoff en su artículo de 1954 sobre *Gathers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification*.

Al lado de esto conservan su extraordinaria importancia dos trabajos del Dr. Ralph Beals: "The Comparative Ethnology of Northern Mexico before 1750" y "Northern Mexico and the Southwest". Contamos, además, con la enciclopédica *Cyclos of Conquest* del Dr. Spicer.

Las representaciones gráficas que he invocado nos orientan acerca de cuáles eran los grupos indígenas del Norte y la Meseta Norte, es útil el mapa que incluimos en nuestro artículo sobre "El Noreste de México y su Cultura". Para la colonización y evangelización de la Meseta Norte y el Noreste son igualmente útiles cuatro cartas que el Dr. Spicer incluye en su obra monumental *Cyclos of Conquest* —y que corresponden a 1619, 1660, 1710 y 1760. Recientemente Enrique Flores Cano, ha publicado —ilustrándolo con pequeños mapas— un estudio sobre *Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el Norte de Nueva España, 1521-1750*.

El autor de estas líneas ha estudiado la evangelización franciscana en la Meseta Norte y en la reciente obra de Roger Dunbier —*The Sonoran Desert*— se incluye un mapa sobre el avance de la Frontera Noreste, a base de la evangelización jesuítica, desde 1531 en Culiacán hasta la labor misional del P. Kino en la Pimería Alta, a su muerte, en 1711.

Finalmente, el mapa sobre la frontera norteña de Nueva España hacia 1780, incluida en la obra de Brincherhoff y Faulk a que antes aludimos, nos muestra la consolidación de los esfuerzos de colonización y evangelización al establecerse en 1776 la comandancia de las Provincias Internas y completarse, poco después, el cordón presidial que guarnecía el Norte de México frente a la amenaza de apaches y comanches. Con miras también a afianzar la defensa de las comarcas norteñas existían numerosas misiones en la época del segundo Conde de Revillagigedo, de las que éste da cuenta en su informe sobre ellas de 1793. Por cerca de cincuenta años —entre 1781 y 1831— se logró la convivencia en paz con los vecinos bárbaros al Norte del cordón presidial, salvo menores incidentes. Mas esta situación cambió con la serie de disturbios ocurridos durante la primera década de vida del México Independiente, pero no hay tiempo ya para aludir siquiera brevemente a estos sucesos. La pérdida de Texas en 1836, y después la de los territorios que en 1848 pasaron a formar parte de los Estados Unidos, hizo que el peligro de las invasiones bárbaras aumentaran a un alto grado.

No siendo posible estudiar las vicisitudes y el desarrollo cultural de toda la Faja Fronteriza mexicana, permítasenos que al menos, como muestra, aludamos para esto a lo que ocurría en la Meseta Norte y en el Noreste.

"A quienes vivimos en el Centro de México, y hemos estudiado textos de Historia Patria tan deficientes —porque dan una idea incompleta de nuestra trayectoria, y nos hablan sólo de lo que pasó en la ciudad de México, en Puebla, en Veracruz, en Guadalajara, y, por excepción, en Oaxaca o en otros lugares— nos causa extrañeza enterarnos más tarde, cuando ya no dependemos de esos libros, de la tragedia que vivió el Noreste de México y, en general el Norte, desde mediados del Siglo XIX hasta fechas muy tardías, es decir, hasta que se terminaron las grandes vías férreas, las del Central y el Nacional, entre 1884 y 1886. Antes de eso, en fechas todavía no tan lejanas, como la de 1842, los bárbaros llegaban en sus incursiones hasta Durango, pero esta situación se hizo más grave cuando perdimos la mitad de nuestro territorio, a raíz de los tratados de Guadalupe Hidalgo, en 1848, porque entonces nuestros gobiernos fueron verdaderamente incapaces de contener las invasiones de los indios comanches, apaches y muchos otros. Por el año de 1850, las irrupciones de los bárbaros llegaban hasta las ciudades de San Luis Potosí y Zacatecas, y las autoridades del centro nada podían hacer para detener esa avalancha; entonces los norteños —que tenían un carácter recio, como el de los pioneros de la Nueva Inglaterra—, y que, —inclusive también como ellos— pensaban que el mejor indio era el indio muerto; esos fuertes colonos del Norte —y del Noreste, sobre todo— decidieron defenderse por sí mismos y organizaron su propia defensa. Así, generales que más tarde brillaron en las luchas de Ayutla, la Reforma y el

Segundo Imperio, como Vidaurri o Escobedo, comenzaron su entrenamiento peleando contra los indios bárbaros”.

“Las condiciones en que el Noreste vivía, eran verdaderamente desastrosas: aparte de este peligro de los indios, que era muy serio, existía el que representaba el bandidaje floreciente en parte de esa región y a esto se añadían las aventuras del contrabando, que fue una de las primeras fuentes de riqueza del Noreste, sobre todo en los años de la lucha entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos, porque los estados surianos naturalmente se abastecieron parcialmente de productos que les llegaban desde el área que aquí se estudia. Puede decirse que el Noreste de México entra en escena y empieza a jugar un papel importante sólo desde las guerras de Ayutla, la Reforma y la Intervención Francesa. De allí en adelante, su importancia sigue creciendo y al mismo tiempo se incrementa su cultura. Instituciones hay allí que son ya centenarias, como el antiguo Colegio Civil de Monterrey, que hace unos cuarenta años cumplió un siglo de existencia y el Ateneo Fuente, de Saltillo, que tiene también una historia muy larga y gloriosa y ha sido uno de los viveros de donde han salido los más notables intelectuales de Coahuila. En ciudades como la última nos ha sido grato dar conferencias sobre los temas más diversos teniendo siempre una nutrida concurrencia, como pudo comprobarse cuando el Seminario de Cultura Mexicana, en el año de 1951, celebró en la capital coahuilense su Primera Asamblea de Corresponsalías”.

“Desde mediados del siglo XIX, el Noreste de México empezó a jugar un papel de enorme importancia en los destinos del país, sobre todo desde que se terminó la construcción de los ferrocarriles Nacional y Central y con ello cesó el peligro de los apaches, contra los cuales todavía se luchó en Chihuahua en 1886, y en Sonora, por excepción, en 1939. Aparecieron entonces gobernantes como don Bernardo Reyes, que impulsaron el progreso del Norte que hoy está centrado en la ciudad de Monterrey, y sentaron las bases de ese sistema paternalista que priva en dicha ciudad hasta nuestros días. Figuras como ésta y las de Madero y Carranza en el orden político, o como la del poeta Manuel Acuña, la del historiador José Eleuterio González y la del gran humanista Alfonso Reyes, son muy dignas de ser bien estudiadas. Todo mundo sabe, en fin, hasta qué punto fue decisivo el papel que en la Revolución jugó el Noreste de México y cómo, desde que se inició la etapa constructiva de la misma, se volvió acelerado el progreso de esa zona.

Si en los tiempos prehispánicos era esa la región de más baja cultura, hoy va a la vanguardia en el desarrollo económico y muy pronto irá a la delantera quizá también —como puede inferirse del crecimiento vigoroso de instituciones como la Universidad y el Instituto Tecnológico de Monterrey— en el desarrollo cultural del México contemporáneo”.

Sección Cuarta

CIENCIAS SOCIALES

La vida internacional de nuestro tiempo se caracteriza por su tendencia hacia el aglutinamiento, lo que ha producido nuevos cambios y un creciente desarrollo en el Derecho Internacional, el que ahora tiene un contenido y perspectiva con nuevas extensiones, de acuerdo con las necesidades y circunstancias de su expansión, en un mundo cada vez más unificado y sometido a diversas presiones e intereses, en el cual han surgido nuevos Estados que nunca antes habían aparecido en el gran escenario internacional de que vivimos.

Los juristas internacionales han captado esa situación privativa de nuestro mundo actual al percibir que la estructura de la sociedad internacional ha sufrido cambios básicos y que, consecuentemente, el Derecho Internacional se está desarrollando en una diferente plange, una que sigue la norma tradicional de la coexistencia diplomática y los otros dos que buscan la cooperación de la cooperación internacional, tanto regional como universal, los que deben conducir a una trascendente reorientación de nuestros conceptos de la fuerza y en el estudio del derecho contemporáneo.

El Derecho Diplomático, que de acuerdo con el Tratado de Ginebra de 1948 se refiere a regular las relaciones que se crean entre los diferentes Estados de los países del Derecho Internacional, continúa de la manera tradicional respecto de las relaciones exteriores de los Estados, pero por su parte, también ha sufrido la influencia de los cambios

1. Fernando Tardón, *La Nueva Política y el Derecho Internacional*, Editorial E. Tello, S. A. México, D. F., p. 26.

2. Fernando Tardón, *Derecho Diplomático y Cooperación*, Editorial E. Tello, S. A., México-México-Buenos Aires-Panamá, p. 15.